

El Estado dual venezolano: etnografía de lo político a partir de las narraciones producidas en la comunidad rural de El Jobito, estado Miranda

Beatriz A. Juárez-Rodríguez (*)

(*) Antropóloga (UCV), MSc. en Antropología (IVIC). Estudiante de Ph.D. Departamento de Antropología, University of Western Ontario. Email: bjuarer@uwo.ca

Resumen

Adheridos a la tendencia teórica de comprender al Estado como un fenómeno histórico y sociocultural, este artículo se enfoca en los marcos discursivos producidos y desplegados por las y los actores locales de El Jobito durante los espacios de encuentro con funcionarios públicos, en el marco del proyecto de represa Tuy IV, ejecutado por el Estado venezolano. Desde una perspectiva etnográfica de lo político, se indaga cómo los actores sociales en el proceso de comprensión de su situación de amenaza de desalojo conciben y deconstruyen una idea de Estado que les permite posicionarse como sujetos políticos y generar diálogos en busca de reconocimiento, visibilización y redistribución de la riqueza. Analizamos cómo los jobiteños elaboraron y experimentaron dos versiones simultáneas del Estado: el Estado vivido como amenaza y el Estado anhelado benefactor. Argumentamos que la construcción local de dicha dualidad es el resultado tanto de procesos emotivos cimentados en la imagen del Estado construida y proyectada desde la figura central del poder: el presidente de la república, como de procesos de interacción entre funcionarios públicos y actores locales. Concluimos que las y los actores producen una construcción ambivalente e inacabada del Estado que permite entender parte del complejo proceso hegemónico que genera un Estado como el venezolano.

Palabras clave: Estado, marcos discursivos, etnografía de lo político, represas, río Cuira.

Abstract

Following the anthropological studies about the state as a historical and sociocultural artifact, this article focuses on the discursive frameworks produced and deployed by local actors of El Jobito during the encounters with official agents, in the context of the Tuy IV dam project running by the Venezuelan state. From an ethnography of politics, this paper shows how social actors conceive and deconstruct an idea of the state that allows them to position themselves as political subjects and generate dialogues seeking recognition, visibility and redistribution of wealth. It shows how the jobiteños experienced two simultaneous versions of the state: the real state lived as a threat and the imagined state as good and generous. These two versions of the state should not be assumed as a classical binary opposition but rather as a duality, as a dissonance of the dialectical relation between the practices and representations of the state. This duality of the state, far from reifying it as a coherent entity, highlights its local understanding as an emotional entity and multiple voiced character that allowed the *jobiteños* to locate themselves before “the state” and open spaces for interaction and articulate discursively with different instances of those magical, and malleable structures of power and social practices that make up the Venezuelan state.

Keywords: State, discursive frameworks, ethnography of politics, dams, Cuira River.

Introducción

Eran las 7 de la noche, estábamos esperando que cambiaran tres cauchos que se habían dañado de la camioneta que nos llevaba de Panaquire a la comunidad de El Jobito. Estábamos en medio de las montañas barloventeñas, el ambiente era húmedo, caluroso y no había luna; no se podía ver ni siquiera las caras de las personas que hablaban. Sentada pacientemente, comencé a escuchar las voces de dos hombres –ya con varios tragos de anís y aburridos de la espera– que hablaban sobre las elecciones presidenciales que se efectuarían en octubre de aquel año (2012) y sobre la situación de la represa y la comunidad. Reflexionando sobre quién es el culpable de la situación y qué es lo que ellos como comunidad podían hacer para solucionarla, el señor Juan comentó: tenemos que apretar la tuerca, cada vez apretarla más, y José respondió, pero quien nos tiene trancado esto, ¿esos dos pendejos? –refiriéndose a dos técnicos del proyecto–, no ¡es el gobierno! ¡el vergatario! Siguieron discutiendo y entre alzadas de voz José le preguntó al otro: pero ¿quién es el gobierno? El otro vaciló, le volvió a repetir la pregunta varias veces y sin vacilar le respondió “¡el gobierno es Chávez! ¿Tienes miedo de decirlo?”

La fuerza e intención de la pregunta en tono de reto, muestra la tensión en torno al tema en cuestión: ¿quién o quiénes nos están amenazando con sacarnos de nuestras casas y despojarnos de nuestras tierras? A primera vista, del relato anterior podría entenderse que los jobiteños claramente acusan y culpabilizan al Estado y por lo tanto, al ejecutivo nacional y todo el programa de gobierno. No obstante, las diferencias y límites entre Estado, ejecutivo nacional y gobierno, se nos mostraban cada vez más difusas en

este tipo de conversaciones en torno a la situación de desalojo, la represa y los causantes de la misma. De manera recurrente, de estas narrativas emergía una doble distinción que aludía a distintas fisonomías del poder del Estado: por una parte, a agentes del Estado involucrados con la ejecución de la represa ("*esos pendejos*") y por la otra, a la figura del entonces presidente: Hugo Chávez ("*el vergatario*"). En el presente artículo se propone ahondar en esta doble distinción a cerca del Estado y su poder elaborada desde los afectados de la construcción de la represa Tuy IV, en el estado Miranda a partir de la producción y circulación de sus marcos discursivos.

Este trabajo se adhiere a los estudios sobre el Estado como "artefacto cultural" (Sharma y Gupta, 2006: 5) contradictorio y compuesto por múltiples capaz, como experiencia vivida (Valencia, 2015), representación construida (Ferguson y Gupta, 2002) y, como proceso complejo (Schiller, 2013) en donde se imbrican e intervienen distintas esferas, el poder político de la estructura burocrática e institucional por una parte y, las prácticas, discursos y acciones ejercidas desde distintos actores locales, por la otra. Bajo este marco conceptual, proponemos dar luces sobre las maneras en que los jobiteños, percibieron, experimentaron y construyeron una idea del Estado configurado en dos versiones simultáneas y articuladas que nos hablan de una ambivalencia vivida localmente no como contradicción sino como dualidad que les permitió afrontar su situación de amenaza de desalojo y debatir e impugnar las condiciones en que se desenvolvía el proyecto de desarrollo estatal. De esta manera, se observó una concepción dual del Estado y su poderío a partir de los marcos discursivos que los jobiteños elaboraron en función de movilizarse para amortiguar los impactos del proyecto.

Hoy en día, es notable el incremento en los estudios antropológicos que han abordado al Estado en Venezuela en la época de la revolución bolivariana más allá del liderazgo del presidente Chávez. Desde una mirada extranjera se pueden destacar los trabajos de Fernandes (2010) y Schiller (2013) quienes develan las tensiones que se generan en los procesos hegemónicos en ámbitos como la cotidianidad por una parte y las posibilidades de las bases locales de articularse con el Estado como proceso liberador de compromiso colectivo, por la otra. Fernandes (2010) da una mirada a las posibilidades de participación de los movimientos sociales urbanos de Caracas en la reconfiguración del Estado; Schiller (2013) aboga por un Estado procesual creado desde los productores de Catia Tv dentro del marco del debate en torno al ideal liberal y a la libertad de prensa. Por otra parte, sobresalen los estudios de Ciccarielo-Maher (2013) y Valencia (2008; 2015), los cuales van más allá de la figura carismática del presidente Chávez, profundizando en las bases históricas y sociales de la fuerza política de la revolución: el poder constituyente y el activismo/la militancia. Ciccarielo-Maher (2013) analiza el poder dual del Estado haciendo énfasis en la relevancia y protagonismo de los movimientos de izquierda originados desde los tiempos de la guerrilla en 1960 como reales motores del proceso de cambio socio-político; mientras Valencia (2008; 2015) debate sobre las implicaciones del proceso político venezolano en la comprensión de la democracia y la interrelacionalidad entre sociedad civil-Estado, haciendo énfasis en el papel contrahegemónico del poder popular.

Estos trabajos tienen en común que ofrecen una mirada etnográfica al Estado venezolano y sobre todo al proceso revolucionario, analizando *desde abajo* las tensiones propias de los procesos hegemónicos. De esta manera, estas investigaciones han

generado diversos análisis de la complejidad del proceso de transformación del Estado, dándoles peso a los actores locales activista, adeptos al proceso revolucionario, buscando entender sus raíces históricas y lógicas sociales y políticas. Por su parte, nuestro trabajo se relaciona a estos enfoques en la medida en que ofrece una mirada etnográfica sobre las contradicciones y particularidades cotidianas del proceso de articulación entre Estado y sociedad en el país; sin embargo, nuestro artículo se centra en los actores locales afectados de manera directa por un proyecto de desarrollo llevado a cabo por el Estado y no en un grupo social con un papel político activo dentro del proceso de la revolución bolivariana. De esta manera, este artículo muestra cómo las y los jobiteños percibieron y experimentaron al Estado como dualidad: como ente que simultáneamente muestra su capacidad de mejorar y amenazar la vida cotidiana de la población rural.

Metodológicamente³⁰, nos centramos en los actores que viven y experimentan los efectos e impactos del proyecto Sistema Tuy IV impulsado por el Estado en las comunidades campesinas cultivadores de cacao, ocumo y ñame, ubicadas a lo largo de la cuenca del río Cuira, Barlovento, al sur del estado Miranda, y proponemos realizar una etnografía de lo político focalizada no desde los márgenes del Estado (Das y Poole, 2004) ni desde sus alturas (Coronil, 1997), sino desde los espacios de encuentro entre agentes del Estado y comunidades rurales, para dar cuenta de las tensiones que se tejen en el proceso de transformación del Estado actual. Vale destacar que son pocos los trabajos

³⁰ Los datos utilizados en este artículo fueron obtenidos durante mi trabajo de campo de maestría llevado a cabo entre julio de 2011 y octubre de 2012 en las comunidades del río Cuira, Barlovento, estado Miranda, Venezuela. Se realizaron entrevistas estructuradas y semiestructuradas a líderes comunitarios y diferentes miembros (hombres y mujeres) de dichas comunidades. Igualmente, asistimos y participamos en distintas reuniones comunitarias entre miembros de las comunidades y agentes del Estado realizadas durante el proceso de negociación en torno a la reubicación de los afectados, el pago de las bienhechurías y la construcción de nuevas viviendas. Vale acotar, que se utilizaron pseudónimos al citar a las y los participantes con la finalidad de proteger su identidad personal.

antropológicos que han abordado estos temas a partir de las voces y percepciones de los actores sociales afectados por proyectos de desarrollo estatales salvo las investigaciones etnográficas de Caballero (2003) y Cuberos (2013), por una parte y la de Ruetten (2011), por la otra.

Este artículo comienza con una breve disertación sobre las nociones de Estado y las posibilidades de su abordaje a través de los marcos discursivos. Seguidamente, se ahonda en el contexto en el que los actores sociales percibieron y experimentaron las acciones directas del Estado y como respondieron ante éstas, y por último, se profundiza en los marcos discursivos y sus implicaciones para el acercamiento etnográfico a la relación Estado-sociedad desde una perspectiva procesual, intentando ir más allá de dicha dicotomía.

La dualidad del Estado desde los marcos discursivos: consideraciones teórico-metodológicas

En este artículo, más allá de la tendencia a reificar y cosificar el Estado, en términos esencialistas y abstractos como esfera del poder político en sí mismo, con autonomía y aislado de su formación histórico, social y cultural (Wolf, 1997; Steinmetz, 1999), nos proponemos reflexionar desde la esfera de los actores sociales (Gluckman, 1965; Leach, 1975; Abélès, 1997; Gledhill, 1999; Kurtz, 2001), lugar donde se comienza a reconfigurar un Estado como algo que se afirma, se demanda e imagina (Sharma y Gupta, 2006; Krupa, 2010) y por lo tanto, como un *artefacto ideológico construido históricamente* (Abrams, 1977; Corrigan y Sayer, 1985; Corrigan, 2002; Li, 2005). De esta manera, el Estado es asumido como un fenómeno cultural complejo y dinámico construido

históricamente, en constante formación y transformación, como una categoría materializada en acciones políticas y discursos particulares, en instituciones y leyes jurídicas, así como en relaciones sociopolíticas y prácticas culturales concretas.

Desde una perspectiva etnográfica, nos adherimos al planteamiento de Abélès (1997) de repensar el Estado y los procesos políticos desde las prácticas territorializadas de los actores locales, con lo cual se pasa a estudiar los espacios de encuentros entre actores sociales y agentes del Estado (Ferguson y Gupta, 2002; Caballero Arias, 2003; Baldin y Boivin, 2008). Así, realizamos una etnografía de lo político (Baiocchi y Connor, 2008) , a partir de las reuniones e interacciones entre los funcionarios del Estado y las comunidades campesinas afectadas, considerando dichas reuniones y encuentros como lugares desde donde se pueden apreciar diversos niveles, esferas y detalles de lo político tales como: discursos locales y estatales, acciones colectivas de las comunidades, efectos del Estado sobre el territorio y la vida cotidiana de los campesinos, maneras de hablar y de decir, etc.

Este artículo propone que parte del proceso de articulación entre Estado y comunidades campesinas en contexto de transformación y cambio social como el que se vive en Venezuela, puede ser abordado desde el estudio de la producción y despliegue de los marcos discursivos de los actores locales. En la literatura anglosajona sobre movimientos sociales y acciones colectivas es frecuentemente utilizado el término *collective action frames* (Snow y Benford, 1992) para describir y analizar la acción colectiva, enfatizando en cómo y por qué ocurre dicha acción (Gamson y Meyer, 1999; Benford y Snow, 2000).

Los marcos de acción colectiva o marcos discursivos –como se hará referencia de ahora en adelante– consisten en la producción de significados e interpretaciones sobre un evento que orientan el *plan de acción* a realizar (Benford y Snow, 2000). Estos marcos discursivos, son el resultado de procesos narrativos (Benford y Snow, 2000) que elaboran las personas en el proceso de comprensión de la situación ante la cual deberán actuar. Dicho término, es mayormente utilizado en la literatura de movimientos sociales para capturar dos procesos sociales esenciales: la definición del problema por parte de los actores sociales y la prescripción común para solucionarlo, conocidos como marcos de diagnóstico y pronóstico (Snow y Benford, 1992; Goodwin, Jasper y Polleta, 2001). En este sentido, los marcos discursivos refieren a aquel conjunto de narraciones políticas y sociales que permiten explicar y comprender el surgimiento y desenvolvimiento de distintas acciones sociales (Gamson y Meyer, 1999). A los fines de nuestro trabajo, los marcos discursivos son asumidos como el conjunto de narraciones comunitarias que se produjeron y circularon entre los jobiteños durante el proceso de comprensión de la contingencia de la represa y la planificación de acciones para solucionarla. Por lo tanto, se analizaron los discursos que se tejieron en la comunidad con respecto a la construcción del embalse y las prácticas del Estado y luego se interpretaron cuáles fueron sus significados e implicaciones para el proceso local de negociación de las comunidades con los agentes del Estado. Vale acotar que dicho proceso de negociación estuvo marcado por prácticas discursivas que le permitieron a los jobiteños imaginar, entender y establecer diálogo con el poder hegemónico del Estado. De esta manera, partiendo de nuestro caso etnográfico articulamos las teorías sobre marcos discursivos entendidos como narraciones

políticas locales con las perspectivas más fenomenológicas, culturales y descentradas sobre el Estado que se experimentan, afirman e imaginan localmente (Steinmetz, 1999; Sharma y Gupta, 2006; Krupa, 2010).

Los marcos discursivos en El Jobito fueron contruidos, principalmente, en relación con la gestión del Estado, por ser el ente rector del proyecto. De esta manera, el entender al Estado –desde una perspectiva etnográfica– como “ensambles culturalmente enraizado y discursivamente contruidos” (Sharma y Gupta, 2006:27), nos permitió dilucidar cómo los jobiteños contruyeron y decontruyeron una idea del Estado venezolano a partir del despliegue de marcos discursos que orientaron su accionar. Es importante mencionar que los lugares de producción y reproducción de los marcos discursivos fueron las reuniones comunitarias (informales o formales) en espacios como bajo la sombra de los árboles, la escuela, la iglesia o el caney, y a partir de estos espacios dichos marcos circulaban con cierta rapidez entre las personas de la comunidad y se amplificaban en las situaciones interfaces (Long y Long, 1989), tales como reuniones con el Estado.

A continuación, veremos brevemente el proceso de ejecución del proyecto de represa y cómo se fue configurando la promesa de bienestar nacional impulsada por el Estado para luego, analizar los marcos discursivos y hacer algunas reflexiones al respecto.

La represa como problemática comunitaria, *la promesa no cumplida*

El proyecto Sistema Tuy IV, consiste en la construcción de una represa de 80 metros de altura en la cuenca del río Cuira, ubicado al sur del estado Miranda. Este mega proyecto de desarrollo es administrado por Hidrocapital e implica el desplazamiento y

reubicación de más de 18 comunidades que habitan en dicha cuenca, y tiene como finalidad dotar de agua potable a las zonas más pobres de la ciudad de Caracas. El Jobito es el centro político y social de todas las comunidades rurales de la zona. La mayoría de los hombres trabajan en sus conucos y en las haciendas de cacao, mientras que las mujeres se ocupan del hogar, sus hijos, la comida y lavar la ropa en el río. El Jobito cuenta con la única iglesia católica y con una escuela hasta 6to grado para toda la zona, un ambulatorio con una enfermera, 5 bodegas, un campo de béisbol, una cancha de bolas criollas y un caney al lado de un patio de secado que funge como centro político y de esparcimiento. El río Cuira que atraviesa a la comunidad la divide en dos sectores culturales: el lado de la iglesia y la escuela y el lado de las canchas y el caney. A pesar de que dicha división tiene implicaciones de género y de pautas de conductas, las reuniones con los agentes del Estado solían darse en un lado u en otro, mientras que las reuniones comunitarias para discutir y proponer soluciones a sus problemas eran realizadas en la escuela y en zonas aledañas a la iglesia.

La concepción de la represa como problemática para la gente de El Jobito se generó a partir de la forma en que se ejecutó el proyecto. Al inicio, el Estado manejó un discurso de bienestar y progreso materializado en una casa digna junto a la relocalización en un complejo habitacional y el pago de las bienhechurías de todos los jobiteños. Este discurso de bienestar, por parte del Estado, estuvo constituido por la noción de casa digna y bien equipada –propuesta por el entonces presidente Chávez–. Con dicha propuesta se cambiaría considerablemente la estructura material de las casas en El Jobito, pasando de una casa con piso de cemento, techo de zing y paredes de bahareque a una casa con piso

de cerámica, paredes de cemento y techo de tejas. También se modificaría la distribución tradicional interna de la casa, de un cuarto compartido por toda la familia y una sala con cocina o fogón, tendrían una casa con tres o cuatro cuartos, un baño privado en el cuarto matrimonial y otro baño de visita junto a una sala amplia y un porche.

Otro aspecto que se resalta del discurso de bienestar del Estado en el proyecto, es el tema de la reubicación de los afectados. La reubicación sería en San Vicente³¹, pero esta propuesta del Estado fue rechazada debido a la escasez de tierras para trabajar. Ante esto las comunidades propusieron dos nuevos sitios: Panapito (en el estado Miranda) y en alguna localidad en el estado Guárico. Esta propuesta de reubicación incluía un complejo habitacional para garantizar una buena calidad de vida de los afectados por la represa, ofreciendo con ello, un considerable bienestar social que comprendía: liceo, hospital, canchas deportivas e iglesia. De esta manera, el discurso del Estado respondía al modelo de desarrollo sustentable propuesto en el proyecto de represa y garantizaría la continuidad de la vida productiva y social de los jobiteños. No obstante, esta promesa de mejor calidad de vida no se cumplió –debido a una serie de acontecimientos que por cuestiones de espacio no serán discutidos en estas páginas– generando así entre la gente de El Jobito una percepción de promesa no cumplida por parte del Estado. Esto, a su vez, generó sentimientos de rabia y marcos discursivos relacionados con identidad y justicia social entre los jobiteños, como veremos a continuación.

Marcos discursivos de identidad

³¹ San Vicente es una gran hacienda que no está en funcionamiento ubicada entre la localidad de Tapipa y Caucagua, en el estado Miranda.

El discurso de beneficio nacional del Estado durante la ejecución del proyecto, estuvo acompañado de un discurso de beneficio al sector agrícola, el cual generó marcos discursivos de identidad asociados al ser agricultor y campesino. En la literatura sobre movimientos sociales y acción colectiva, existen diferentes tipos de marcos discursivos: diagnóstico, pronóstico y motivación (Snow y Benford, 1992), los cuales consisten en la identificación del problema, organización y planificación de las estrategias y acciones a implementar y la exhortación al colectivo a participar en tales acciones. A su vez, se encuentra el marco discursivo de identidad, el cual se refiere a la formación de categorías identitarias presentes en las narrativas de los actores sociales. Los marcos discursivos de identidad, se han estudiado a partir del rol que desempeñan en la formación y desenvolvimiento de las acciones colectivas a través de un proceso de negociación de símbolos, metas y términos comunes (McCarthy y Zald, 1977; Gamson y Meyer, 1999) entre distintos actores sociales y políticos.

En los marcos discursivos suelen construirse identidades para lograr reconocimiento o negociaciones con el Estado (McAdam, McCarthy y Zald, 1999). En el caso particular de El Jobito, se observó la construcción de dos categorías identitarias: ser campesino y ser agricultor-productor. El primero, es implementado por los jobiteños como categoría cultural de apego a la tierra, mientras que el segundo está asociado al discurso del Estado sobre el beneficio al sector agrícola.

Durante nuestro trabajo de campo, se pudo observar un reconocimiento de las y los actores de El Jobito como agricultores y campesinos/as asociado al apego a la tierra, como se evidencia en el siguiente relato:

Si esto es un campo yo me considero un campesino y como aquí se trabaja la agricultura, cacao, ocumo y todo tipo de rubro, ahora el gobierno opta por sacarme, yo no quiero ciudad ni pueblo, yo lo que sé es trabajar la agricultura. (Comunicación personal, José, El Jobito, 2012).

Este discurso, frecuentemente escuchado entre los jobiteños, cobra importancia porque se pudo observar un uso diferencial del término campesino y agricultor como marcadores identitarios. El término campesino solía ser utilizado de manera espontánea durante nuestras entrevistas mientras que el término agricultor se repetía en conversaciones y contextos que tenían como receptor al Estado.

Durante las entrevistas realizadas a 35 personas de El Jobito, encontramos un uso espontáneo del término campesino/a asociado al “campo”, como en el caso particular de las dos escenas siguientes:

Relato uno: conversando con la señora Cecilia en el porche de su casa a pleno medio día, su hijo colocó vallenatos y rancheras y comenzamos a hablar sobre la música que más le gustaba,

-A mí me gusta la música mirandina, yo me siento mirandina, pero toda mi familia está en Guárico, tengo dos hermanos en Caucagua pero cuando voy al pueblo que si a Caucagua le digo a la gente que vengo de El Jobito y ya la gente sabe que uno viene del campo. Esto es el campo.

- Y usted ¿cómo se reconoce?

-Yo soy campesina en el campo uno es campesina, como la canción campesino civilizado pero no, digo yo! (risa nerviosa).

Relato dos: entrevistando a la señora Berta, en la sala de su casa, llegó su hermano Antonio Mireles y se incorporó a la conversación y al abordar el tema de cómo ella se reconocía, se desencadenó la siguiente conversación entre ellos:

Berta: como campesina...

Antonio: aunque ya no hay campesinos porque vivimos en un oasis más desarrollado y la gente está más civilizada.

Berta: Eso no tiene nada que ver! Nosotros somos barloventeños 100%, nosotros nos consideramos campesinos. Para mí no es una vergüenza ser campesina, es algo natural!

En los dos contextos, se resalta el uso del término campesino como una categoría identitaria asociada al campo como espacio geopolítico diferenciado del pueblo y de la ciudad y como un espacio natural. Sin embargo, la incorporación de la palabra civilizado en oposición a campesino denota las oposiciones campo/ciudad, campesino/civilizado propias de la teoría de la modernización de las décadas del 50 y 60 (siglo XX) que imperó como políticas públicas de desarrollo en Venezuela (Roseberry, 1983). El término campesino, es muy maleable. Este ha cambiado a través del tiempo y según cada programa de gobierno. No obstante, estudios sobre el término en México han demostrado que el ser campesino se inició como una categoría política que poco a poco fue asumida como identidad cultural de apego a la tierra (Boyer, 2003). En este sentido, en El Jobito se destaca el uso del ser campesino como marcador cultural asociado a un

apego a la tierra y una forma de ser y no desde su dimensión política de lucha reivindicativa.

En contraparte, el uso del término agricultor surgió continuamente en contexto de diálogo con el Estado o teniendo a éste como referente. Este reconocimiento como agricultor-productor fue estratégico para el jobiteño, ya que le permitió posicionarse ante el Estado como un sujeto político y económico importante para el desarrollo agroalimentario del país. Durante las reuniones comunitarias, las reuniones con el Estado, las entrevistas en TV y las conversaciones que se realizaron durante todo el trabajo de campo, abundaron frases como “somos nacidos en El Jobito, mi vida es El Jobito, aquí se produce de todo”. (Comunicación personal, Gilberto, El Jobito, 2011); “yo me considero agricultor, toda la vida he trabajado aquí y he trabajado la agricultura”. (Comunicación personal, Víctor, El Jobito, 2012).

A primera vista, su reconocimiento como agricultor, asociado al oficio de trabajar la tierra, se muestra como un referente identitario propio de las condiciones históricas de subsistencia en la comunidad de El Jobito, haciendas de cacao y conucos, pero al indagar con mayor detenimiento en el contexto de enunciación (Bajtin, 1995; Casamiglia y Tusón, 1999), se observó una articulación entre el uso del término y el discurso político de desarrollo agrario impulsado por el Estado nacional en el 2011. Ese año el entonces presidente Hugo Chávez, en cadena nacional anunció la creación de la Misión AgroVenezuela. El discurso de la misión giraba en torno a frases como: convertir a Venezuela en potencia agroalimentaria y protección de campesinos y agricultores,

justificando la misión como un “deber de justicia social” (Misión AgroVenezuela, MAT, 2011) que permitirá impulsar el desarrollo agrícola y agroalimentario.

En este sentido, se destaca la deconstrucción, uso y manejo del discurso del Estado nacional por parte de los miembros de la comunidad de El Jobito, como mecanismo para comprender la situación que estaban viviendo e interpelar al Estado. Los jobiteños hicieron referencia constante a marcos discursivos que reforzaran y justificaran su situación como agricultores productivos para el desarrollo de la patria, tal y como se evidencia en las consignas que desplegaron ante las cámaras de Vive Tv en el 2011:

“...sitio adecuado para los más de mil agricultores que hay aquí en El Jobito para seguir produciendo” (José, Octubre, 2011, Vive Tv).

“...queremos que se nos diga la verdad, dónde vamos a ser alojados y en qué términos *porque nosotros somos agricultores y aquí hay un potencial agrícola inmenso*” (Raúl, octubre, 2011, Vive Tv).

“Nos excluyeron del proyecto agropatria por la problemática de la represa” (Raúl, octubre, 2011, Vive Tv).

De esta manera, el uso del marcador identitario como agricultor (a diferencia del ser campesino), está asociado, entre los jobiteños, al discurso de beneficio al sector agrícola del Estado, ya que el autoreconocimiento como agricultores-productores les permitió a los jobiteños interpelar el discurso del Estado sobre desarrollo agroalimentario, con el fin de justificar y defender sus demandas como agricultores afectados por un proyecto de desarrollo estatal.

Marcos discursivos de injusticia social

La concepción de injusticia social cometida por parte del Estado hacia a los afectados del proyecto, se produjo a finales del 2011 e inicios del 2012 con dos acontecimientos: no ser desalojados en diciembre y conocer que la decisión previamente tomada por el Ministro de Ambiente de reubicarlos donde ellos solicitaron –Panapito y Guárico–, fue rechazada. El rechazo de la zona de reubicación y el no desalojo en el tiempo estipulado, fueron asumidos por los jobiteños como irrespeto y engaño por parte del Estado hacia la comunidad.

A principios del 2012, la comunidad en pleno comienza a entender y ver al proyecto como un hecho de promesas sin cumplir. Para este momento, el diagnóstico de la situación por parte de los jobiteños se podría resumir en una concepción de la represa como un hecho *grande, fuerte y feo*: “¡lo que nos viene es fuerte, tenemos que hacerle frente! ¡Esto es feo!” (Comunicación personal, Mauricio, El Jobito, 2012); “esto es una cosa grandísima, un proyecto de envergadura”. (Comunicación personal, Carolina, El Jobito, 2012); “el problema es serio, esto es una bomba de tiempo” comentaba Raúl (Comunicación personal, El Jobito, 2012). Por consiguiente, en El Jobito se comienza a concientizar la posibilidad de desalojo y abandono de la zona sin los beneficios prometidos por Hidrocapital y se empieza a producir y circular un marco discursivo de injusticia social, construido a partir de las categorías de irrespeto, engaño, victimización y culpables, como respuesta a las promesas no cumplidas.

Irrespeto

En el 2012, los agentes de Hidrocapital quedaron en reunirse en la comunidad para explicar la situación y el por qué no fueron desalojados. Sin embargo, dicha reunión no se concretó. La ausencia de explicaciones y respuestas fue asumida por los habitantes de la zona como una burla:

Yo iba a todas [las reuniones] del año pasado. Y que venía Hidrocapital y bastante gente vino ese día y esa gente no vino! Y todo el mundo se puso bravo y nos reunimos nosotros mismos había gente de San Rafael y la Mona y nos reunimos y se hicieron unos informes y firmamos y dijeron que si no los atendía que iban a trancar y yo estoy dispuesta a trancar porque eso es una burla, se están burlando de nosotros. Uno ya no haya como sembrar una mata y ¡Uno ni sabe ni para dónde uno se va y se la pasan como ignorándonos! (Comunicación personal, Berta, El Jobito, 2012).

Ante este discurso se resalta la situación de zozobra y expectativa creada entre los habitantes por la amenaza de desalojo que no se concreta. En breve, la concepción de irrespeto es construida a partir del incumplimiento de las promesas de un Estado representado en los agentes de Hidrocapital que no han cumplido con los beneficios ofrecidos. A su vez, el trato del Estado con la comunidad, evidenciado en las reuniones Estado-comunidad, se ha caracterizado –según las conversaciones con y entre los habitantes de El Jobito– por la ausencia de respuestas y por la omisión de las inquietudes y peticiones de la comunidad, lo cual ha generado sentimientos de rabia y molestia ante un Estado que irrespeta.

Yo fui a una reunión y llegue mojadita, llegué con mucha rabia y dije que no volvía a bajar a reuniones porque no se llega a nada, si se van a hacer las cosas que se hagan bien si no, no... (Comunicación personal, Berta, El Jobito, 2012).

Engaño

De igual manera que el irrespeto, el engaño es visto por la comunidad como una constante en el trato que ellos han recibido por parte de los agentes de Hidrocapital. Conversando con la señora Viviana sobre el proceso de negociación con el componente social nos dio su parecer sobre una de las reuniones que tuvieron algunos líderes de las comunidades de la zona y los agentes del Hidrocapital y un representante de la empresa contratista Camargo-Corrêa, efectuada en El Peñón:

En esa reunión del Peñón no se llegó a nada, mi hijo me dijo que no tuvieron ninguna respuesta. Ahorita vienen el sábado y yo iré a ver qué dicen. Yo quiero decir que nos den la respuesta porque no podemos estar engañados todo el tiempo. (Comunicación personal, Viviana, El Jobito, 2012).

Esta idea de engaño fue creada a partir de la ausencia de respuestas clara hacia la comunidad. Para las personas con que conversamos, las reuniones con Hidrocapital se convirtieron en un espacio de “embustes” y “coba”, como señaló la señora Berta: “es que cada vez venían con un embuste nuevo”. (Comunicación personal, Berta, El Jobito, 2012). Así, en la comunidad se produjeron y circularon discursos referidos al engaño del Estado debido a las promesas no cumplidas, como nos comentó Raúl en una reflexión posterior a

la reunión con Hidrocapital en el Peñón en marzo del 2012, donde se enteraron que no serían reubicados en Guárico ni en Panapito:

...es embuste que han estado negociando con la comunidad, han hecho cosas a espaldas de la comunidad y uno se cansa de la negociación si nada pasa. (Comunicación personal, Raúl, El Jobito, 2012).

Es a partir de esta reunión cuando se comienza a circular con mayor resonancia frases como: “¡Necesitamos respuestas, no más engaño!” (Comunicación personal, Viviana, El Jobito, 2012); “queremos que nos den una respuesta clara (...) es que la gente de Hidrocapital nos tienen a nosotros embusteriados”. (Comunicación personal, Víctor, El Jobito, 2012); “lo único que nos han metido es pura coba y embuste” (Comunicación personal, Raúl, El Jobito, 2012); “ellos tienen 5 ó 6 años embusteriándonos” (Comunicación personal, José, El Jobito, 2012); “acá nos caen a puros embustes, no nos han dicho ni para dónde nos van a mandar, ni nos dicen de las casas” (Comunicación personal, Berta, El Jobito, 2012).

Este tipo de discurso tiene como efecto inmediato acusar al Estado de engaño, por parte de la comunidad, en su manera de ejecutar el proyecto y tiene como audiencia a la máxima autoridad de Hidrocapital: el Ministro de Ambiente y presidente de Hidrocapital, como lo señalaron en una reunión comunitaria con un diputado de la Asamblea Nacional para los Valles del Tuy: “pero el que está metiendo embuste es el ministro porque él aseguró que en julio del 2012, la represa estaba inaugurada” (Comunicación personal, Raúl, El Jobito, 2012). Nótese que el presidente Chávez no es mencionado como responsable.

Victimización

Otro discurso recurrente que observamos en el trabajo de campo, fue la idea de víctima entre los pobladores de El Jobito. Estas se oyeron por primera vez en una entrevista ante Vive Tv en el 2011, donde circularon marcos discursivos tales como: “estamos amenazados con el embalse” (Comunicación personal, Gilberto, El Jobito, 2011); “se nos están negando los recursos por la represa” (Comunicación personal, Raúl, El Jobito, 2011); “nos excluyeron del proyecto Agropatria por la problemática de la represa” (Comunicación personal, Raúl, El Jobito, 2011).

Esta configuración del discurso tiene como efecto visibilizarse como víctimas de un Estado que los amenaza y subyuga, “nos sentimos oprimidos” (Comunicación personal, Gilberto, El Jobito, 2012); “es que no podemos hacer nada ni sembrar, estamos como oprimidos!” (Comunicación personal, Vicente, El Jobito, 2012). Este posicionamiento subjetivo como víctima lo observamos en nuestras entrevistas personalizadas y en las reuniones comunitarias donde resonaba con fuerte eco: “no nos están tomando en cuenta” (Comunicación personal, Víctor, El Jobito, 2012); “Eso es un proyecto para beneficio del pueblo pero tú me estas quitando mi sitio de trabajo” (Comunicación personal, José, El Jobito, 2012).

En este sentido, cabe señalar que es desde este posicionamiento subjetivo como víctimas que los pobladores de la comunidad han podido resaltar –en un proceso de deconstrucción y uso del discurso del Estado– el error del proyecto de la represa al ser

planteado como beneficioso para la ciudad de Caracas sin considerar que va en detrimento del agricultor local,

...no estamos negando el agua que se necesita para todos nuestros hermanos pero sacarnos a nosotros de aquí sin un estudio de fondo sería un gran error, no digamos error, un horror (Gilberto, octubre, 2011, Vive Tv).

Este discurso de víctima se ha visto reforzado con la idea de esfuerzo en el proceso de siembra, mantenimiento y cosecha del cacao. Así, la señora Viviana conversando con nosotros en su casa sobre su molestia por la ausencia de respuestas por parte de Hidrocapital y de Bello Ingeniería Bisa S.A., comentó:

Y no me voy a ir y dejar eso así. Y si no hay reunión este sábado llamamos a Elías Jaua a ver que nos dice y nos vamos para allá. Acá el trabajo (cacao) cuesta. Eso es trabajo, uno lo tumba, lo quema, corta, y entonces siembra grano por grano por hilo y eso tarda mucho. Es como un hijo que uno lo tiene en la barriga y uno lo cuida siempre y así es con el cacao. Perdóneme la comparación pero es así. Y uno tiene que cuidar tanto al humano y a la planta, y Chávez no nos puede dejar aquí en el aire (Comunicación personal, Viviana, El Jobito, 2012).

La metáfora del cacao como un hijo, en esta cita, humaniza el trabajo del campesino de la zona, lo valora y realza en un juego de justificación de su situación ante la injusticia social. Es precisamente esta metáfora, expresada discursivamente entre el llamado al vicepresidente y al presidente de la república a atender su situación, lo que maximiza el sentimiento de víctima ante el Estado autodenominado 'socialista'.

Igualmente, moviliza imágenes afectivas asociadas a una subjetividad vulnerable que debe tener cuidados especiales.

Responsabilidad/culpabilidad

Aquí no queremos nada que si problemas, lo que queremos es que nos paguen, tierra y nos reubiquen y que Hidrocapital asuma su responsabilidad, uno quiere que quienes se encargan de esto sean serio (...) es Hidrocapital que son los responsables directos! (Comunicación personal, José, El Jobito, 2012).

En esta cita se señala claramente a Hidrocapital como responsable del proyecto y de la situación de incertidumbre en que se encuentran las personas de El Jobito. Este señalamiento de responsabilidad junto a los marcos discursivos de engaño, irrespeto y victimización, ha tenido como audiencia del mensaje al Estado en distintos escenarios locales pero ¿de cuál Estado están hablando? ¿A qué Estado están apelando? ¿Cómo lo perciben y representan?

La metáfora de un Estado imaginado y un Estado real (Abrams, 1977; Gupta y Ferguson, 2000) cobra pertinencia en el presente estudio. Durante las situaciones de interfaces (Long, 1992) ejemplificadas en las reuniones entre Hidrocapital y la comunidad, se observó a Hidrocapital como una institución del Estado real (Gupta y Ferguson, 2000), ya que por una parte es un ente del Estado nacional encargado de la administración y abastecimiento del agua potable para el distrito federal y el estado Miranda, y por la otra, es un agente del Estado localizado en El Jobito a través de la ejecución del proyecto sistema Tuy IV. En esta localización de la institución en la comunidad, se evidenció una

jerarquía que comienza con los técnicos e ingenieros (empleados de la contratista Ingeniería Bello Bisa S.A. que trabajaba para Hidrocapital) encargados de las negociaciones con la comunidad y termina en la presidencia de la institución. De esta manera, se observa una concepción del Estado vivido a través de la interacción con los trabajadores de la institución, quienes constituyen parte de ese Estado real, vivido y experimentado en la cotidianidad.

Por otra parte, en múltiples ocasiones salió a relucir una asociación entre Estado y gobierno al hablar de los culpables y responsables,

El gobierno nacional no nos ha tomado a nosotros en cuenta porque desde cuándo que yo estoy enviando una carta al vicepresidente y no me la aceptan sino que me la remiten al ministerio de ambiente y este ministerio no nos ha dado respuesta. Y yo no le echo la culpa a nuestro presidente porque está enfermo. Pero a las otras solicitudes si le echo la culpa al ministro y al vicepresidente y porque les echo la culpa de que nos han dejado al abandono prácticamente. (Comunicación personal, Raúl, El Jobito, 2012).

Al analizar los datos, se resalta el llamado al alto mando del gobierno para obtener una respuesta definitiva ante su situación: “tarde o temprano aquí al Jobito tiene que llegar un alto mando del gobierno” (Comunicación personal, José, El Jobito, 2012). En este sentido, primero se está apelando a un Estado real materializado en Hidrocapital y sus ejecutivos y técnicos; y segundo a un Estado imaginado constituido por *el alto mando del gobierno*. Por consiguiente, Hidrocapital, sus técnicos e ingenieros representan a un Estado abarcador que se establece por vínculos locales con los jobiteños y el alto mando

del gobierno representa a un Estado comprendido como un ente imaginario por encima de la sociedad.

Los funcionarios de Hidrocapital y de Bello Ingeniería Bisa S.A., que dirigían las reuniones en El Jobito, fueron asumidos por la comunidad como unos intermediarios. Podríamos decir que son parte de un Estado intermedio (Ciccariello-Maher, 2013), a quienes catalogaban y descalificaban por una parte como “sacos de arenas” para contener las tensiones, quejas y solicitudes de la comunidad ante Hidrocapital. Por otra parte, también eran calificados como “payasos” de un ente mayor (el Estado imaginado). De manera más contundente decía uno de los líderes comunitarios: “hemos estado hablando con los dos baña perros, porque son los medianeros, son los payasos pero al dueño del circo no lo hemos visto” (Comunicación personal, Víctor, El Jobito, 2012).

Esta metáfora del Estado como “un circo” es producida y justificada por los jobiteños con relación a la situación de ausencia de respuesta, de burla, engaño e irrespeto que sienten ante las promesas institucionales no cumplidas. Así mismo, la referencia al término medianero, como categoría rural alude al productor que se aprovecha del trabajo de los demás, pero que no tiene suficiente poder como para ser considerado terrateniente. De esta manera, para la gente de El Jobito que vive esta situación de la construcción de la represa, el Estado que engaña, irrespeta y no da respuesta es representado por Hidrocapital. Por otra lado, se encuentra el Estado imaginado y translocalizado (que apela a la justicia social y da solución al pueblo) construido a partir del discurso, imagen e intervención del entonces presidente de la república Hugo Chávez, como se expresa en el siguiente relato “debe ser que Chávez no

sabe nada de esto, porque si él supiera de nuestra situación ya nos hubiera buscado una solución” (Comunicación personal, Viviana, El Jobito, 2012).

El Estado imaginado asociado a Chávez es representado metafóricamente como un *maestro* que sabe y soluciona (Comunicación personal, Víctor, El Jobito, 2012), como el “vergatario” (Comunicación personal, Juan, El Jobito, 2012) y como “El propio” (Comunicación personal, Viviana, El Jobito, 2012), construcciones que denotan una confianza en la figura del presidente, asociándolo con la imagen social del maestro que inspira respeto, enseña y tiene autoridad moral sobre los alumnos, o más coloquialmente como el vergatario: categoría expresada por el mismo presidente para nombrar a un teléfono celular ensamblado en Venezuela, de precio módico, y considerado como excelente. En oposición, los jobiteños señalaban cierta desconfianza en los ejecutores de los proyectos:

Ellos son los que han atrasado todo esto, el gobierno, yo creo, pienso, pasa por mi cabeza que el presidente no sabe de nuestra situación y la problemática de estas 14 comunidades. Si el presidente lo supiera ya esto tuviera solución (Comunicación personal, José, El Jobito, 2012).

En Venezuela, desde el período dictatorial del General Juan Vicente Gómez, se comenzó a formar el Estado moderno venezolano centrado en la figura del presidente de la república, constituyéndose un Estado personalista, afianzado durante la dictadura de Pérez Jiménez y reafirmado durante Carlos Andrés Pérez. A su vez, se ha dado una equivalencia entre Estado y gobierno, donde el Estado es asumido en relación al presidente como representante de un partido político de gobierno (Coronil, 1998). En este

sentido, en el caso de los pobladores de El Jobito se observó una asociación entre el Estado imaginado y el gobierno de turno y, al mismo tiempo, una disonancia entre el Estado real (los funcionarios) y la figura del poder carismático. De esta manera, esta idea de Estado imaginado o ficcionado refiere a las representaciones locales sobre “el secreto del Estado” (Taussig, 1997), lo cual afirma que el poder del Estado recae en la manipulación y producción de una idea de poder político trascendental detrás de la máscara (Abrams, 1977; Krupa, 2015).

Consideraciones finales: el Estado dual construido por el actor local que vive sus efectos

Durante nuestro trabajo etnográfico pudimos registrar diferentes narrativas o marcos discursivos que expresaban la percepción y concepción local sobre la situación de vulnerabilidad que estaban viviendo los jobiteños. Estos esquemas interpretativos fueron contruidos en relación a la gestión del Estado por ser el ente ejecutor del proyecto, lo cual generó metáforas sobre el Estado y su rol durante la producción y circulación de los marcos discursivos de identidad e injusticia social generados a partir de la ejecución del proyecto e incumplimiento de las promesas.

Este hecho de incumplimiento estatal generó que los jobiteños se asumieran como víctimas de un Estado real, vivido y experimentado a través del engaño y el irrespeto *vis-à-vis* un Estado imaginado y anhelado que promete reivindicaciones sociales. De esta manera, a través de estos marcos discursivos de injusticia social expuestos por los habitantes del Cuira, se constató la percepción local de una dualidad del Estado. El primero, es asumido como el que engaña, irrespeto y es culpable de la situación de

desalojo y está constituido por el personal del componente social del Proyecto Tuy IV, el presidente de Hidrocapital y ministro de ambiente, los cuales son agentes que articulan y dan forma a un Estado como sistema institucional o al sector medio de la burocracia (Ciccariello-Maher, 2013). Por su parte, el segundo, imaginado y anhelado, es visto como generoso, que cumple con el pueblo, y está personificado en la figura del entonces presidente Hugo Chávez, su performance y discurso. La idea de Estado imaginado, representado en la personalidad carismática de Hugo Chávez, revela que si existe un poder del Estado como ente imaginado, abstracto y mitificado que todo lo puede y que de una u otra forma contribuye con la reproducción del Estado como entidad mágica opulenta e hipnótica (Abrams, 1977; Taussig, 1997; Coronil, 1997; Ciccariello-Maher, 2013).

Así, el Estado real espacializado (Ferguson y Gupta, 2002) es el resultado de actores políticos que articulan y concretizan la trama política, mientras que el Estado imaginado es el producto de actuaciones y retóricas de una sola persona que concentra el poder político. Estas dos versiones del Estado elaborado por los jobiteños, no deben ser asumidas como una clásica oposición binaria sino más bien como una dualidad propia de la disonancia de la relación dialéctica planteada por Sharma y Gupta (2006) entre las prácticas y las representaciones del Estado. Así, los jobiteños experimentaron un Estado institucional, burocrático, constituido por individuos y despliegues políticos, que contrastaban constantemente con aquel Estado imaginado, casi anhelado, construido de manera mediática y discursiva.

Este carácter dual que pudimos observar etnográficamente, ocurre de manera articulada y simultánea diluyéndose sus límites entre los discursos y las acciones locales, desde donde una figura como la del ministro de ambiente, por ejemplo, es vivida como cercada y real y a su vez, como lejana en la cima de las esferas del poder de aquel Estado imaginado; con esto se evidencia la experiencia simultánea *desde abajo* de un Estado vivido en interacción que engaña y amenaza y un Estado concebido como vergatario y benevolente.

Esta dualidad del Estado, lejos de reificarlo como entidad rígida, abstracta y coherente, apunta a su entendimiento local desde los afectos como entidad emotiva que le permitió a los jobiteños humanizarlo y así entenderlo, poniéndole rostros, voces, intenciones y acciones. Vale acotar que esta dualidad del Estado construida etnográficamente, no responden al poder dual planteado por Ciccarriello-Maher (2013) desde la teoría del Estado de Lenin, el cual se asocia al poder popular antagónico que tendría como fin último deconstruir y transformar el Estado sin apoderarse de él. Por el contrario, el carácter dual y simultáneo que se observó en el Jobito es el producto de la comprensión local del Estado, la cual, a su vez, está moldeada por los particulares encuentros con las distintas instancias de poder que son ejercidas desde los agentes oficiales, los medios de comunicación y los discursos políticos. Así, se observa como esta imagen dual del Estado responde a dos fuerzas de creación: *desde arriba*, proyectada y construida desde el *performace* del presidente y todo el tren ministerial, y *desde abajo*, experiencia vivida por el jobiteño en la interacción con los agentes oficiales.

Para finalizar, consideramos que el abordaje etnográfico de los marcos discursivos, su producción y despliegue, permitió dar una lectura sobre cómo los actores locales afectados por proyectos de desarrollo estatales, generan identidades e interpretaciones que les permiten posicionarse, abrir espacios de interacción y articularse discursivamente con distintas instancias de esas mágicas, maleables y elusivas estructuras de poder y prácticas sociales que componen al Estado venezolano. Con este artículo buscamos abrir caminos de reflexión para futuras investigaciones sobre el rol de las emociones y los afectos en la construcción del Estado tanto desde arriba como desde abajo, dando insumos etnográficos para deconstruir los complejos entramados de lo político en torno al poder del Estado en Venezuela.

Bibliografía

ABÉLÈS, M. (1997). La antropología política: nuevos objetivos, nuevos objetos. *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, (UNESCO), 49(153): 319-332.

ABRAMS, P. (1977). Notes in the Difficulty of Studying the State. *Journal of historical Sociology*, 1 (1): 58-89.

BAIOCCHI, G. y Conner, B. (2008). The ethos in the polis: political ethnography as a mode of inquiry. *Sociology Compass*, 1 (2): 139-150.

BAJTIN, M. (1995). *Estética de la creación verbal*. México: Siglo XXI editores.

BALDI, F. y Boivin, M. (2008). La perspectiva etnográfica en los estudios sobre política, Estado y gobierno. *Cuadernos de antropología social*, 27: 5-45.

BENFORD, R. y Snow, D. (2000). Framing Processes and Social Movements: An Overview and Assessment. *Annual Review of Sociology*, 26: 611-639.

BOYER, C. (2003). *Becoming Campesinos. Politics, Identity, and Agrarian Struggle in Postrevolutionary Michoacán, 1920-1935*. California: Stanford University Press.

CABALLERO ARIAS, H. (2003). *Engaging in Politics: Yanomami Strategies in the Face of Venezuela's National Frontier Expansión*. Tesis Doctoral. Department of Anthropology, University of Arizona, Tucson.

CASAMIGLIA, H. y Tucson, A. (1999). *Las cosas del decir. Manuel de análisis del Discurso*. Barcelona. Editorial Ariel.

CICCARIELLO-MAHER, G. (2013). *We created Chávez: A people's history of the Venezuelan Revolution*. Durham: Duke University Press.

CORONIL, F. (1997). *The Magic of the State. Nature, Money and Modernity in Venezuela*. Chicago: University of Chicago Press,.

CORRIGAN P. y Sayer, D. (1985). *The great arch. English State Formation as Cultural Revolution*. New York: Basil Blackwell

CORRIGAN, P. (2002). La formación del Estado. En G. Joseph y D. Nugent (Eds.), *Aspectos Cotidianos de la Formación del Estado* (pp. 25-30). México: Ediciones Era.

CUBEROS, V. (2013). *Tejiendo y destejiendo redes. Estrategias locales de los pescadores artesanales de las comunidades de Playa Manzanillo y Puerto Moreno (estado Nueva Esparta) ante los efectos de las políticas públicas pesqueras*. Tesis de Maestría. Centro de Antropología, IVIC. Caracas.

DAS, V. y Poole, D. (2004). *Anthropology in the Margins of the State*. Santa Fe: School of American Research Press.

DE LA PEÑA, G. (1986). La antropología sociocultural y el estudio del poder. En M. Villa Aguillar (Ed.), *Poder y Dominación. Perspectivas antropológicas* (pp. 23 -54). Caracas: URSALHC.

FERGUSON, J. y GUPTA, A. (2002). Spatializing Status: Toward an Ethnography of Neoliberal Governmentality. *American Ethnologist*, 29 (4): 981-1002.

GAMSON, W. y MEYER, D. S. (1999). Marcos interpretativos de la oportunidad política. En D. McAdam, J. McCarthy y M. Zald (Eds.), *Movimientos sociales: perspectivas comparadas* (pp. 389-412) Madrid: Istmo.

GLEDHILL, J. (1999). *El poder y sus disfraces*. Barcelona: Ediciones Bellaterra.

GLUCKMAN, M. (1965). *Politics, law and ritual in tribal society*. Oxford: Basil Blackwell.

GOODWIN, J. Jasper J. y Polleta, F. (Eds.) (2001). *Passionate Politics, emotions and social movements*. Chicago: University of Chicago Press.

- KURTZ, D. (2001). *Political Anthropology. Paradigms and power*. Oxford: Westview Press.
- KRUPA, C. (2010). State by proxy. Privatized Government in the Andes. *Comparative Studies in Society and History*, 52(2): 319-350.
- KRUPA, C. (2015). Catastral politics: Property Wars and State Realism in Highland Ecuador. En C. Krupa, and D. Nugent (Eds.), *State Theory and Andean Politics. New Approaches to the Study of Rule* (pp. 99-126). Philadelphia: University of Pennsylvania Press.
- LEACH, E. (1976). *Sistemas políticos de la alta Birmania. Estudio sobre la estructura social Kachin*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- LONG, N. y Long, A. (1992). *Battlefields of knowledge. The interlocking of theory and practice in social research and development*. London: Routledge.
- McADAM, J., McCarthy, J. y Zald, M. (1999). *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*. Madrid: Istmo.
- MCCARTHY, J. y Zald, M. (1977). Resource Mobilization and Social Movements: a Partial Theory. *The American Journal of Sociology*, (6): 1212-1241.
- LI, T. M. (2005). Beyond the State and Failed Schemes. *American anthropology*, 7: 383-394.
- ROSEBERRY, W. (1983). *Coffee and Capitalism in the Venezuelan Andes*. Austin: University of Texas Press.
- RUETTE, K. (2011). *The left turn of multiculturalism: indigenous and afrodescendant social movement in northwestern Venezuela*. Tesis doctoral. School of Anthropology, University of Arizona, Tucson.
- SCHILLER, N. (2013). Reckoning with Press Freedom: Community Media, Liberalism, and the Processual State in Caracas, Venezuela. *American Ethnologist*, 40 (3): 540-554.
- SHARMA, A. y Gupta, A. (Eds.) (2006). *The Anthropology of the State. A Reader*. Oxford: Blackwell Publishing.
- STEINMETZ, G. (Ed.) (1999). *State/culture. State Formation after the Cultural Turn*. New York: Cornell University Press.
- VALENCIA RAMÍREZ, C. (2008). Hemos derrotado al diablo! Chavez Supporters, anti-neoliberalism, and twenty-first century socialism. *Identidades*. 15(2): 147-170.
- WOLF, E. (1997). *Europe and the People Without History*. California: University of California Press.